

Formas de guerra y construcción de identidades políticas.

La Guerra de Independencia (Venezuela y Nueva Granada 1810-1825)

CLÉMENT THIBAUD

La historia de la Guerra de Independencia conoció en los últimos diez años una profunda renovación¹. No sólo se trata de poner en tela de juicio el relato tradicional de la historia patria por sus insuficiencias científicas, sino por su error inaugural: pensar el pasado de manera retrospectiva, imponiendo al proceso histórico categorías de lectura anacrónicas.

¿Qué cuenta este gran relato patriótico? Asume que desde el siglo XVII, la vida colonial habría sido el marco de una rivalidad creciente entre los criollos americanos y los españoles europeos, apodados chapetones. La identidad de los dos grupos era estable y estos enfrentamientos esperaban la chispa necesaria para transformarse en la secesión política, de una América colonizada, respecto a su metrópoli, España. La idea profunda que sostiene esta interpretación de la realidad es que poco a poco, identidades proto-nacionales se habían venido formando en las distintas partes de Hispanoamérica, identidades que esperaban la ocasión favorable para eri-

girse en Estados-naciones. Así, todas las tensiones que existían en la sociedad colonial fueron interpretadas como proto-combates anticoloniales que anuncianaban el momento clave de la historia patria, donde el proceso de formación de la identidad nacional cobra madurez: la Independencia.

Interpretar el pasado como si estuviera influido por el porvenir tiende a producir interpretaciones erróneas. Proporciona además una coherencia racional a una serie de fenómenos históricos, como si el flujo de la historia estuviera orientado hacia un evento particular. Así, el momento de la Independencia organiza la comprensión del pasado colonial, como si el Antiguo Régimen fuera la antesala de la revolución y sirviera de estribo a la República. Infortunadamente, la historia no es un proceso necesario a pesar de la habilidad de los historiadores para reducir el campo de lo posible en la descripción de acontecimientos cuyo desenlace ya es conocido. La tarea que se nos plantea hoy consiste, al con-

Doctor en Historia.
Investigador del Instituto Francés de Estudios Andinos y del IEPRI

¹ Despues de los trabajos de Vallenilla Lanz en Venezuela (*Cesarismo democrático, estudio sobre las Bases Sociológicas de la Constitución efectiva de Venezuela*. Caracas: Monte Ávila editores. [1914] 1990 o *Disgregación e integración – Ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana*. Caracas: Tip. Universal, 1930.), al principio del siglo, y, más recientemente, de Javier Ocampo López en Colombia, véanse los trabajos de François-Xavier Guerra (*Modernidad e independencias*. Madrid: MAPFRE, 1992) y de Jaime E. Rodríguez (*La independencia de la América española*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996), entre otros.

trario, en preservar el carácter innecesario de los acontecimientos para evitar lo que Nietzsche reprochaba a los historiadores, retomando la imagen del cangrejo que camina al revés: pensar el pasado de manera retrospectiva e inventar falsas series causales².

Que la Independencia fuera la coronación de un proceso de formación identitaria multisecular es una ilusión, un *wishful thinking*, que pudo servir en los dos últimos siglos para fomentar una conciencia nacional, pero que al igual que todos los mitos nacionales constituye una ficción. Habría que pensar la emancipación en términos dinámicos y no estructurales. Dicho de otra manera, las guerras de independencia fueron la piedra angular del proceso de construcción nacional para todos los países de la América hispánica. Obviamente, esta propuesta no tiene nada nuevo; incluso, muchos historiadores, tanto en Venezuela como en Colombia, ya la habían expresado hace algunas décadas³. Más novedosa sería en cambio la perspectiva que radicaliza la concepción del periodo emancipador entendido como un momento formativo de las identidades nacionales, y que lo piensa como un acontecimiento, y no como la espuma de procesos más profundos o como la revelación de una estructura honda que esperaba ser desvelada a raíz de cualquier acontecimiento político de carácter innecesario.

Si, como punto de partida, asumimos que las identidades nacionales no existen *sui generis* sino que son creaciones más o menos contingentes que reformulan un material cultural, político y social preexistente, debemos cambiar completamente nuestra interpretación general de la Independencia. Ya no es preciso formular un catálogo de las causas que la produjeron. Hace falta en cambio una película de los acontecimientos como si

la Independencia no fuera una colección de viejas fotos sino una película de acción. Una guerra puede tener causas hasta ridículas y, sin embargo, en su desarrollo cambiar por completo la sociedad, la política y la cultura de una nación o de varios países: la Primera Guerra Mundial constituye un caso paradigmático.

De esta manera, cabe tejer cuatro hilos conductores para el análisis de la Guerra de Independencia, sabiendo que una guerra empieza con cierto propósito y termina con otro, reformulando, a menudo de manera completamente nueva, las antiguas tensiones que conocían las sociedades antes de la declaración de guerra.

Primero, es imprescindible una reflexión sobre el marco político que da su forma a la guerra, particularmente durante la época de las revoluciones liberales. ¿Cómo pasamos de la guerra del Antiguo Régimen a la guerra moderna, sea popular, revolucionaria o nacional, o combinando las tres formas nacidas de la ruptura revolucionaria? Más aún, ¿cómo ocurrió esa mutación de la guerra del Antiguo Régimen a la guerra moderna, y qué consecuencias tuvo en el proceso de fabricación de las identidades? Se trata de pensar, pues, la *forma de la guerra* y sus consecuencias en los campos político y social. Segundo, es preciso aclarar cómo el proceso guerrero recupera y reformula las viejas tensiones sociales y políticas existentes en la sociedad. Se trata de analizar el papel *transformador* de los procesos violentos. Tercero, sería preciso ver cómo la dinámica de la guerra produce nuevas líneas divisorias y lleva a la constitución de nuevas identidades, que a veces recortan de manera parcial las antiguas tensiones sociales. Esto significa abordar el rol *disociador* de la guerra. Por último, cabría analizar cómo la dinámica de la guerra

⁽²⁾ Nietzsche, Friedrich. *Consideraciones intempestivas II*, segunda parte, "Utilidad e inconvenientes de la historia para la vida".

⁽³⁾ Laureano Vallenilla Lanz en Venezuela en la primera mitad del siglo pasado, y Javier Ocampo López en Colombia, en los años setenta, ya citados.

da consistencia a las identidades construidas en el discurso (por ejemplo a través de la prensa revolucionaria o del pensamiento de los próceres) y cómo se combinan las creaciones discursivas de los revolucionarios y el proceso violento. En otros términos, ¿cómo el conflicto crea las condiciones de aceptación de una nueva identidad? La guerra divide pero reúne a la vez. En ese sentido, es necesario abordar lo que se podría llamar el papel *coagulador* de la guerra.

A partir de este grupo de interrogantes, las propuestas que siguen intentan vincular la dinámica de la guerra a la creación de una identidad política colombiana.

PRIMERA PROPUESTA. LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DEBE REPLANTEARSE DENTRO DEL MARCO DE LA RUPTURA REVOLUCIONARIA MILITAR OCCIDENTAL

Afirmar que la Guerra de Independencia fue una guerra civil es cierto y escandaloso a la vez. Pero es una consecuencia lógica de la mera constatación de que la Nación colombiana no existía en 1810. Los combates que se observan a partir del año 1811, tanto en Colombia como en Venezuela, fueron conflictos civiles, a veces puramente locales. La paradoja de la Guerra de Independencia fue que la emancipación se consiguió, en parte, a través de un conflicto entre ejércitos conformados, armados y dirigidos por americanos. ¿Qué permite afirmar que, hasta 1815, por lo menos, la Guerra de Independencia fue una guerra civil?

Es preciso replantear estas guerras en el marco que es el suyo: el arte de la guerra occidental. En ese contexto, la hipótesis de partida es que la manera de combatir está ligada estrechamente a la forma política –Estado, gobierno, ciudad, gru-

po insurgente antiguo o moderno– que hace uso de la fuerza.

Dicho de otro modo, si lo formulamos con Clausewitz⁴, las metas de las guerras, fijadas por el poder político-civil, determinan las metas en la guerra, que a su vez determinan la estrategia, la táctica y la organización de las fuerzas armadas. Si esta tríada teórica es cierta, la observación de la táctica, de la estrategia y de la organización militar puede precisar el tipo de poder político vinculado a cada manifestación fenomenal de la guerra. El modelo es aún más operativo durante las revoluciones liberales, que no sólo transformaron la política sino que modificaron el arte militar. En efecto, las revoluciones tanto norteamericana como francesa o hispanoamericana se entienden como el paso de una soberanía de derecho subjetivo (la monarquía), a una soberanía delegada (la del pueblo a través del sufragio). La soberanía de derecho subjetivo engendra una forma de guerra muy peculiar⁵.

Los monarcas del Antiguo Régimen tenían objetivos políticos que hoy parecen muy limitados: la política tradicional de la familia real, la captura de tal provincia, el incremento del prestigio y del poder simbólico, el equilibrio necesario entre las diferentes coronas, el pillaje para llenar las arcas del Estado. Así las cosas, la guerra no tenía nada que ver con construcciones ideológicas ni amenazaba la identidad de los beligerantes, con la excepción importante de las guerras de religión del siglo XVI, o la Guerra de los Treinta años en Alemania. Como las metas de la guerra no tenían nada vital, entonces las metas en la guerra se limitaban a la toma de ciudades, a la destrucción lenta del ejército enemigo y a la ocupación más o menos violenta de

⁽⁴⁾ von Clausewitz, Carl. *De la guerra*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1999.

⁽⁵⁾ La bibliografía sobre este tema es enorme. Es bueno releer los clásicos de este género, y sobre todo, Jacques de Guibert, el padre de esta conceptualización, particularmente su *Ensayo general de táctica*. París, 1772, que tenía Bolívar en su biblioteca. La historiografía inglesa es pionera en ese campo. Véanse Liddell Hart, Basil. *The Ghost of Napoleon*. New Haven: Yale University Press, s. f.; Keegan, John. *The Face of Battle*. Londres: Penguin Books, 1976.; Howard, Michael. *War in European History. 1500-1800*. Oxford: Oxford University Press, 1976.; Parker, Geoffrey. *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West. 1500-1800*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988.

provincias enemigas. Las batallas eran escasas al igual que las bajas. El mariscal inglés Marlborough libró durante toda su larga carrera militar cinco batallas. La estrategia era dilatoria y la táctica se resumía casi exclusivamente al arte de sitiarn⁶. Los ejércitos eran conformados por mercenarios poco deseosos de morir y que desertaban fácilmente. En otras palabras, todo conspiraba para que el nivel de violencia fuera bajo y los conflictos interminables. La guerra se resumía en una especie de semiótica; no se buscaba aplastar al adversario sino convencerlo de que continuar la lucha era inútil. Era un preludio forzoso a las negociaciones diplomáticas que duraban también años⁷.

Con la Revolución Francesa, el arte militar cambia completamente. La soberanía pasa de derecho subjetivo a delegada. Así, la guerra ya no remite a los intereses de una persona o de una familia real, sino a los del pueblo soberano. Ella se vuelve un choque entre pueblos enfrentados, y el conflicto plantea por primera vez problemas de identidad colectiva. Como consecuencia de ello, las metas de la guerra cambian: se trata de convertir al enemigo en amigo o destruirlo. De ahí que las metas de la guerra también se transforman: se busca aniquilar por completo el ejército enemigo y tomar su capital lo más pronto posible para destruir al gobierno hostil. Con la revolución, nace lo que los estrategas alemanes del siglo XIX llamaron la *Vernichtungskrieg*, la guerra de aniquilamiento⁸. Igualmente, la estrategia y la táctica también se revolucionan: ya no se trata de esperar que el enemigo se muera de hambre sino que se busca la batalla decisiva para acabar lo más rápidamente posible con él⁹. La

táctica adopta el choque frontal con el adversario, contando con el pleno compromiso de un ejército que no solamente es patriota sino también ciudadano. Además, como el conflicto es un asunto de la nación entera, la población civil se transforma en blanco importante de las políticas guerreras¹⁰. La Revolución Francesa inventa la noción de un ejército que representa al pueblo en el campo de batalla. De cierta manera el verdadero pueblo, el pueblo legítimo, es el pueblo en armas. De ahí el epílogo imperial de la revolución.

De esta manera, con la revolución, la guerra nacional de conscripción enfrenta a inmensas masas humanas que consienten, con menos temor, una muerte honrada. El sacrificio de los ciudadanos en armas se legitima por los valores de las nuevas religiones civiles que desarrollan los gobiernos revolucionarios al buscar una base emocional de lealtad tan sólida como la garantía religiosa de la que gozaban las monarquías antiguas. De ahí, la escalada rápida del nivel de violencia de estas contiendas, que Clausewitz admiraba, llamándolas guerras de gran estilo.

Volviendo a las guerras de la independencia, cabe replantearlas en este marco, del paso del Antiguo Régimen a la revolución, vinculando sin temor el cambio en las formas de guerra, con el cambio político en la forma de la soberanía. ¿Será que la Revolución Francesa es la fuente de todo?¹¹ No se trata por supuesto de afirmar que ésta sería llanamente una herencia de la Revolución Francesa, sino del paso de la soberanía monárquica a la soberanía del pueblo. Esto es así porque el paso de la soberanía monárquica a la soberanía del pue-

⁽⁶⁾ Este arte de la guerra refinado y tradicional es compendiado con mucha delicadeza por el mariscal Mauricio de Sajonia, que servía la Corona francesa. Véase su maravilloso libro, *Les Rêveries, ou Mémoires sur l'art de la Guerre*. La Haya: P. Gosse Junior, 1756.

⁽⁷⁾ Así fue la Guerra de Sucesión de España, y la mayoría de las guerras del siglo XVIII.

⁽⁸⁾ El general alemán Erich Ludendorff (1865-1937) fue el profeta de la *Vernichtungskrieg*. Este marco intelectual fue dominante en los estados mayores hasta la Segunda Guerra Mundial.

⁽⁹⁾ de Jomini, Henri. *Précis de l'art de la Guerre ou Nouveau Tableau Analytique des Principales Combinaisons de la Stratégie*. París: Anselin, 1838.

⁽¹⁰⁾ Bertaud, Jean-Paul. *La Révolution Armée. Les Soldats Citoyens de la Révolution Française*. París: Robert Laffont, 1979.

⁽¹¹⁾ Lempérière, Annick; Lomné, Georges ; Martinez, Frédéric y Roland, Denis (coordinadores). *L'Amérique Latine et les Modèles Européens*. París: L'Harmattan, Recherches Amériques Latines, Maison des Pays Ibériques, 1998.

blo, que ocurrió en Colombia, como en casi todos los dominios españoles entre 1810 y 1825, conlleva de manera necesaria el paso de la guerra limitada de los mercenarios a la guerra moderna de los ciudadanos en armas.

SEGUNDA PROPUESTA: LA GUERRA DE INDEPENDENCIA FUE, AL PRINCIPIO, UNA GUERRA CÍVICA

En este marco de referencia, la Guerra de Independencia empezó como una guerra civil, que paulatinamente se transformó en una guerra patriótica. Este proceso contribuyó a la invención de una identidad colombiana (o gran colombiana) de naturaleza política.

No se trata aquí de contar otra vez cómo arrancó la Guerra de Independencia. Lo que sí es cierto, como lo dicen tanto los testigos y actores de los acontecimientos, como la historiografía actual sobre el tema, es que desde 1808 hasta 1811 por lo menos, la inmensa mayoría del pueblo y de las élites no piensa en independizarse de España. Los americanos comparten en ese momento la concepción de los Austria en cuanto a la posición que ocupa América en el Imperio: América es uno de los reinos de las Españas, un reino igual a los otros, con sus diferencias por cierto pero, a diferencia de muchos otros imperios seculares, con una misma religión, un mismo idioma, muchas costumbres comunes y un imaginario político y cultural muy homogéneo, por lo menos en las ciudades¹².

La invasión napoleónica es un trauma enorme para ambos continentes que rechazan la dominación francesa. La resistencia lleva a la creación de una Junta Central en España y, luego, a la formación de las Cortes en Cádiz. Así, en España, se arma una revolución liberal, que impone, a nombre del rey preso en Fran-

cia, el régimen representativo liberal. En este contexto, sí aparece una diferencia entre americanos y peninsulares, que no gira en torno a la independencia de América, sino respecto a la representación que deben tener los americanos en las instituciones que gobiernan en lugar del monarca. Los europeos niegan a los indios una representación igualitaria¹³.

De esta manera, el conflicto en torno a la representación, de mediano alcance, es el punto de partida de las discordias civiles en América entre quienes apoyan las instituciones de Regencia y quienes no aceptan las decisiones de la Junta Central y de las Cortes de Cádiz, y quieren formar sus propias juntas para gobernarse de manera autónoma, en el marco de la Corona española, mientras permanece incauto el monarca. El proceso de creación de las juntas americanas, que ocurre entre 1809 y 1810, lleva a una fragmentación territorial total.

La desaparición de la regulación imperial produce así una disgregación territorial enorme. Desde abril hasta septiembre de 1810, cada ciudad, villa o pueblo quiere recuperar su soberanía, y formar un gobierno autónomo. Se desarrolla, a partir de este momento, un conflicto muy particular de tipo antiguo. Los pueblos rivalizan para lograr la preeminencia regional o para resistirse a la "tiranía" de la capital provincial y actúan en cuerpos, o sea según los patrones de la política del Antiguo Régimen. No estamos aún en el marco de la guerra revolucionaria: al contrario, si se analizan los combates que tienen lugar entre 1810 y 1813 en Venezuela, y entre 1810 y 1815 en Colombia, todos ellos pertenecen al mundo pre-revolucionario. Son rivalidades entre cuerpos antiguos, pueblos, familias más o menos prominentes, que se expresan con poca violencia, en in-

¹² Demelas-Bohy, Marie-Danielle y Guerra, François-Xavier. "Un Processus Révolutionnaire Méconnu: l'adoption des Formes Représentatives Modernes en Espagne et en Amérique, 1808-1810". En: *Caravelle*. No. 60. Toulouse, 1993, pp. 5-57.

¹³ Rieu-Millan, Marie-Laure. *Los diputados americanos en las Cortes de Cádiz*. Madrid: CSIC, 1990; Guerra, François-Xavier. *Ob. cit.* y Chust, Manuel. *La cuestión nacional americana en las Cortes de Cádiz (1810-1814)*. Valencia: Fundación Instituto Historia Social, 1999.

terminables escaramuzas y sitios donde se intenta negociar frecuentemente. Más aún, son combates que se libran sobre un fondo de amistad y de la identidad común española¹⁴. El 27 de abril de 1810, la Junta Central publica en Caracas una invitación “a formar una gran confederación americano-española” para defender a “su Soberano oprimido por el coloso de Europa¹⁵” mientras que Santafé prohíbe los pasquines anti-peninsulares que florecen sobre las paredes de la capital. En mayo, la Junta de Caracas proclama que prefiere su total exterminio antes que renunciar al nombre de “españoles americanos”¹⁶.

Así las cosas, las metas políticas quedaban limitadas: en el contexto del derrumbamiento del Imperio, se trataba de captar una soberanía local soñada durante siglos por todos los pueblos de las Españas de ambos mundos. Los ejércitos eran conformados por milicias de reclutas poco numerosas. Todo conspira para que la guerra se limite a un conflicto regulado, de baja intensidad que remite más a la *stasis*, como la definió Platón en su *Menéxeno*, o sea la guerra entre griegos, que al *polemos*, la guerra a muerte contra los bárbaros¹⁷.

Este conflicto podría definirse como una guerra cívica, una lucha antigua entre ciudades, una guerra propia del mundo del Antiguo Régimen completamente ajena al momento político de la ruptura revolucionaria. Así, la política del Antiguo Régimen tiene metas limitadas que

engendran conflictos limitados en los cuales se organizan fuerzas armadas que no pueden ni quieren luchar con intensidad. La pulsión mortal de los soldados no se apoya en una concepción del enemigo como alteridad radical; más bien es considerado como un rival, un adversario que comparte una identidad común. La guerra cívica ni se origina en una concepción previa de una identidad nacional ni la puede generar.

TERCERA PROPOSICIÓN: SOLAMENTE DESPUÉS, SE TRANSFORMA EN UNA GUERRA CIVIL

En este punto, se plantea una pregunta, tanto para las élites libertadoras, como para nosotros: ¿Cómo salir de un conflicto del Antiguo Régimen, que forma un círculo vicioso, para armar una guerra civil que pueda desembocar en la formación de una identidad que rebase el marco local, y sirva de apoyo a la guerra moderna y a la construcción de una identidad nacional?

La guerra cívica es una contienda civil en la cual la violencia se agota en el duelo entre los dos ejércitos enfrentados. Pero, al menos en Venezuela a partir de 1812, este conflicto de baja intensidad se transforma en una lucha violenta, una lucha a muerte. Dos series de acontecimientos contribuyen a esta evolución que marca un progreso hacia una guerra popular que da campo a la definición de una propuesta identitaria nacional de tipo moderno.

⁽¹⁴⁾ Muchos de los textos de los años 1810 y 1811 desarrollan la metáfora fraternal entre Europa y América para fortalecer la unión hispánica en contra de los invasores franceses. El propio Bolívar, en Jamaica, se refiere al bando patriota como “españoles americanos” en una carta al gobernador de Jamaica, en 1815. Bolívar, Simón. *Cartas del Libertador*. Caracas: Banco de Venezuela, Fundación Vicente Lecuna, 1964-1967. Tomo. I, p. 240. Véase también, entre otros ejemplos, la *Organización militar para la defensa y seguridad de la Provincia de Caracas propuesta por la junta de guerra, aprobada y mandada ejecutar por la Suprema Conservadora de los Derechos del Sr. D. Fernando VII en Venezuela*. Caracas: Imprenta de Gallagher y Lame. 1810, p. 8: “...sus hermanos europeos defienden aún con desesperación una patria moribunda...”. El lealista José Francisco Heredia piensa lo mismo en 1814: “Fueron discordias entre hermanos causadas por la ausencia del padre”. *Memorias del regente Heredia*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de Historia, Fuentes para la historia colonial de Venezuela, 1986, p. 203. Sobre este tema, me permito remitir a mi artículo: “La Métaphore Familiale et la Construction de l’Ennemi dans la Révolution Bolivarienne”. En: *Histoire et Sociétés de l’Amérique Latine*. No. 8. Paris., 1998, pp. 53-78.

⁽¹⁵⁾ Blanco, Félix y Azpurúa, Ramón (editores). *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*. Caracas. 1875-1877, p. 407.

⁽¹⁶⁾ La Junta Gubernativa de Caracas a las autoridades constituidas de todos los pueblos de Venezuela. 19 mayo de 1810. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX - textos para su estudio*. Caracas. 1963-1969. Tomo 1, p. 15.

⁽¹⁷⁾ Platón. *Menéxeno*. 242d. Los ejemplos proporcionados por Tucídides impugnan, por supuesto, la conceptualización platónica (*Historia de la guerra del Peloponeso*. Tomo II. Libro V. Capítulos. LXXXVI a CXVI, “la masacre de los habitantes de Melos por los ejércitos de Atenas”).

Por una parte, los alzamientos anti-federalistas en el este de Caracas a favor de los regentistas lealistas tienen un carácter popular (y pardo) que desvía la guerra cívica de su curso tranquilo. Violencias intensas se desarrollan alrededor de una doble fractura; la primera, antigua y socio-racial, remite a las tensiones entre pardos y blancos; la segunda, moderna y política, al conflicto entre federalistas y regentistas. El alzamiento de Boves en noviembre de 1813 fortaleció el proceso de un *desbordamiento metapolítico* de la guerra cívica. Las rebeliones negras, pardas y llaneras, lealistas, conservadoras y de tipo antiguo, generadas inicialmente por la Iglesia y el ejército lealista, marcan el primer paso de la ascensión a los extremos, que por acciones recíprocas insufla al conflicto una energía hasta entonces desconocida¹⁸. Así, de manera paradójica, las sublevaciones de tipo antiguo generan una proliferación de violencias paroxísticas, que inician una dinámica guerrera que va fortaleciéndose con el correr del tiempo. Esta dinámica se nutre de las violencias que engendra el duelo de los ejércitos pero también de las múltiples guerras privadas que libran familias y clientelas. Esta proliferación provoca a la vez un olvido de lo político, una despolitización de la guerra: el conflicto se libera de la contienda inaugural entre regentistas y confederados para derramarse en la sociedad.

A este nivel, dos comentarios se imponen. En primer lugar, fueron los americanos lealistas quienes alimentaron por

primera vez la escalada de la violencia y alentaron a los confederados a reaccionar con energía. En segundo lugar, el desbordamiento metapolítico de la confrontación llevó a una guerra civil generalizada, cuyos propósitos eran difusos y en ningún caso reducibles a la diferencia entre independentistas, muy minoritarios, y lealistas. Pero las prácticas violentas hacen pasar, poco a poco, el conflicto, que reúne múltiples formas de violencia, de la *stasis* al *polemos*, de una rivalidad entre adversarios a una guerra entre enemigos.

Por otra parte, a principios de 1813, varios problemas se plantean para la minoría independentista que lucha en los ejércitos de Simón Bolívar. Se necesita acabar con las guerras privadas, las revueltas serviles o conservadoras, las venganzas; es preciso conjurar el derramamiento metapolítico de la violencia fuera del duelo de los ejércitos y de una finalidad política clara. Pero además, es preciso canalizar el flujo violento para hacer del conflicto una guerra de opinión revolucionaria entre enemigos despiadados. Esto se podría conseguir mediante la ocultación de la verdadera guerra civil que sacude al país para transformarla, en el discurso, en una guerra entre dos bandos cuya identidad es absolutamente contrapuesta, *como si fueran dos naciones diferentes*. Se trata de plantear un discurso político y poner en marcha unas prácticas guerreras que expliquen y justifiquen la guerra.

Estas inquietudes explican la proclama de guerra a muerte, expedida en

¹⁸ El caso venezolano es bastante diferente de lo que se da en la costa Caribe colombiana. Véanse Conde Calderón, Jorge. *Espacio, sociedad y conflictos en la provincia de Cartagena, 1740-1815*. Barranquilla: Universidad del Atlántico, 1999; Helg, Aline. "Raíces de la invisibilidad del afrocaribe en la imagen de la Nación colombiana: independencia y sociedad, 1800-1821". En: Sánchez Gómez, Gonzalo y Wills Obregón, María Emma. *Museo, memoria y Nación*. Bogotá: IEPRI, 1999, pp. 219-252; Múnica, Alfonso. *El fracaso de la Nación, región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1821)*. Bogotá: Banco de la República, 1998. Para entender el carácter tradicional y reformista de las sublevaciones *pardas* de Venezuela, tanto en 1812 como en 1813, véase King, James F. "A Royalist View of the Colored Castes in the Venezuelan War of Independence". En: *Hispanic American Historical Review*. No. 33, 1953, pp. 526-537; Coll y Prat, Narciso. *Memoriales sobre la independencia de Venezuela*. Madrid, 1960; Brito Figueroa, Federico. *La emancipación nacional: Guerra social de clases y colores*. Caracas: Centro de Investigaciones Históricas, USM, 1986; Carrera Damas, Germán. *Boves. Aspectos socioeconómicos de la Guerra de Independencia*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1972. Y Langue, Frédérique. "La Pardocratie ou l'Itinéraire d'une 'Classe Dangereuse' dans le Venezuela des Dix-huitième et Dix-neuvième Siècles: les Élites Latinoaméricaines". En: *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien*. Caravelle. No. 67, 1996, pp. 57-72. Para una revisión reciente del tema, véase Thibaud, Clément. "Coupé Têtes, Brûlé Cazes": Peurs et Désirs d'Haiti dans l'Amérique de Bolívar". En: *Annales HSS*. París. Por publicar en el número especial "Antillas", septiembre de 2002.

Trujillo el 15 de junio de 1813. En ella, Bolívar proporciona a cada bando contendiente una identidad y un destino. De un lado, los americanos que vivirán; del otro lado, los españoles prometidos a la muerte. Mediante esta ficción¹⁹ que contradice el hecho de que los ejércitos españoles son en realidad ejércitos criollos, el Libertador afirma que el conflicto no se desarrolla entre dos lealtades políticas que comparten una misma identidad colectiva, sino entre dos identidades distintas y enemigas que no tienen otro destino que la confrontación. Así, al tratar de negar el carácter civil de la contienda, el Libertador le confiere un carácter nacional a la guerra que se está librando. Eso haría entrar la Guerra de Independencia en su fase moderna, revolucionaria y pondría fin tanto a la guerra cívica como a los alzamientos populares anti-republicanos.

Cabe señalar que el discurso de la guerra a muerte está respaldado por prácticas violentas que dan consistencia a la diferenciación entre "americanos" y "españoles". La evidencia de la matanza de los supuestos "españoles" oculta el carácter ficticio de la separación identitaria entre los dos bandos y da un carácter realizador a las palabras de Bolívar. El discurso y las prácticas de guerra a muerte llevan a la disociación política de la identidad hispánica. Por supuesto, la noción de "americanidad" es una forma muy imprecisa que tiene escaso contenido cultural, pero es el punto de partida de la construcción de una identidad política patriota, muy particular, ya que no está vinculada ni con una etnia particular, ni con una raza, ni con una clase de la sociedad, y más extraño aún, ni con un territorio con fronteras claras.

CUARTA PROPOSICIÓN: AL FINAL FUE UNA GUERRA NACIONAL

Como bien se sabe, el propósito de la guerra a muerte no dio resultados. La Confederación venezolana expira bajo los golpes de las tropas llaneras de Boves y Yáñez a finales de 1814, mientras que un verdadero ejército peninsular—las tropas expedicionarias de Pablo Morillo—acaban con la confederación de las Provincias Unidas de Nueva Granada entre 1815 y 1816.

El colapso de las dos confederaciones se puede atribuir, en parte, a la resistencia de los pueblos frente a un gobierno central cuyas demandas juzgan exageradas. Tanto las provincias como los pueblos se negaron a entregar soldados, contribuciones en plata o víveres, y alojamiento a las tropas veteranas²⁰. La desaparición del monarca y del imperio fue considerada por los pueblos americanos como un retroceso de la soberanía. De ahí que el gobierno confederado fuera considerado casi intruso y que la construcción de un ejército nacional fuera imposible ante la resistencia de los municipios a entregar reclutas.

Frente a esta resistencia, las élites intentan construir una identidad colectiva abstracta que no sólo justifique las demandas del Estado sino que dé sentido a la guerra. Se trata por supuesto de una identidad moderna, totalmente política, fundamentada en la noción de república, como colectividad igualitaria de ciudadanos. Era el único camino posible para crear una "comunidad imaginada" viable, que no fuera amenazada por las tensiones entre castas, regiones y grupos sociales. Esta concepción puramente política y racional de la Nación chocaba por supuesto con el imaginario local y comunitario de los pueblos. La

⁽¹⁹⁾ La ficción no es una ilusión. Una *fictio* es, como la caracterizó Dante al definir la poesía en *De la elocuencia vulgar*, al igual que la ficción jurídica, una realidad verdadera en sus efectos, pero no en el sentido literal de las palabras. Véase Ginzburg, Carlo. *A Distance. Neuf Essais sur le Point de Vue en Histoire*. París: Gallimard, 2001, p. 47. O sobre la ficción de los dos cuerpos del rey, la obra clásica epónima de Ernst Kantorowicz y su crítico Alain Boureau, *Le Simple Corps du roi. L'impossible Sacralité des Souverains Français XV-XVIII^e*. París, 1988.

⁽²⁰⁾ Véase el capítulo IV de mi tesis doctoral, *Guerre et Révolution. Les Armées Bolivariennes dans la Guerre d'Indépendance Colombie-Venezuela, 1810-1821*. París: Universidad de París I – Sorbona, 2001.

identidad americana, a partir de 1813-1815, debió volverse meramente política y escasamente cultural, porque la definición moderna y abstracta de la Nación como república tenía varios propósitos: debilitar el poder político de los pueblos que, de hecho, tenían ambiciones contrarias a las de las élites emancipadoras; legitimar una forma de guerra moderna, o sea nacional; crear una identidad americana haciendo tabula rasa del pasado, y vincular de manera clara independencia y revolución.

Paradójicamente, fue la derrota patriota de 1814-1816 la que permitió alcanzar estos propósitos. La adopción de la guerra de guerrillas y la resistencia de escasas tropas en los llanos de Venezuela y del Casanare llevó a una desterritorialización de la causa patriota. En los desiertos, la República va a forjar sus valores más importantes. La desterritorialización de la República, reducida al "campo volante" del ejército según las propias palabras de Santander²¹, elimina las fricciones entre la identidad liberal y republicana de la causa independentista y su problemática identidad territorial. La Nación será el territorio conquistado por la espada del Pueblo, con P mayúscula, o sea el ejército libertador que desempeña el papel del pueblo liberal. Así el ejército se vuelve el cuerpo colectivo cuyo papel consistirá en "crear el cuerpo entero de la República"²², según la expresión de Bolívar, un cuerpo-nación que da un fundamento sociopolítico a la construcción de una nueva república

moderna fuera de los marcos tradicionales que constituyan los pueblos, las ciudades, las villas y las provincias. Así se explica también la facilidad con la cual se tomó la decisión de crear una Nación soñada, Colombia, nuevo Estado cuyos dos pilares fueron el imaginario republicano y el ejército libertador, desempeñando el papel del pueblo liberal. Después de la victoria de Boyacá que permite la construcción de un ejército de 30.000 hombres a partir de la población y de las fuentes de riqueza neogranadinas, y sobre todo, el reconocimiento formal de la República de Colombia tras el armisticio de 1820, la lucha de Independencia adopta la forma de una guerra nacional, en donde se enfrentaban dos ejércitos, representando identidades distintas en batallas campales.

CONCLUSIÓN

Los próceres de la Independencia pensaron escasamente la identidad nacional como una identidad con contenido cultural. Para ellos, la noción de Nación seguía remitiendo al antiguo sentido que poseía en el siglo XVIII, el de Nación española. Vinculada a la noción de Imperio, la Nación se caracteriza por su majestad, un tamaño que la hacía temible por los enemigos, y su heterogeneidad humana. La República de (Gran) Colombia, de nueva creación, respondía a los atributos antiguos de la Nación²³. Se fijaron de manera casi exclusiva en una definición política de la

⁽²¹⁾ Hambleton, John H. *Diario del viaje por el Orinoco hacia Angostura* (julio 11-agosto 24, 1819). Caracas: Banco de la República, 1969, p. 55. "Una larga conversación respecto de la revolución fue seguida, durante la cual el vicepresidente mencionó que la provincia de la Nueva Granada se hallaba en estado de rebelión y el pueblo ansioso de ser anexado al gobierno de Venezuela. Reconoció el miserable y exhausto estado del país, el cual, observó, era un campamento volante, y se excusó de no invitar al comodoro a su mesa en esta ocasión". Hambleton era capellán de una pequeña expedición norte-americana encargada de entrevistar la cúpula militar patriota para un posible reconocimiento por parte de Estados Unidos.

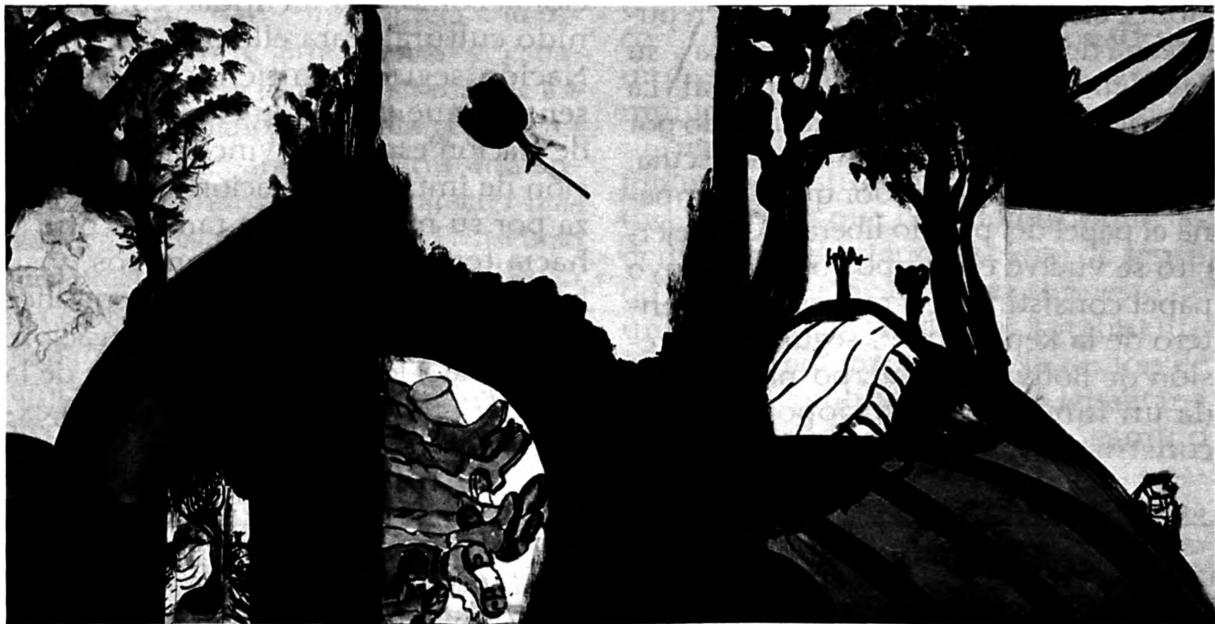
⁽²²⁾ *Acta de instalación del Consejo de Estado en Angostura*. Santo Tomás de Angostura, 10 de noviembre de 1817. Restrepo, José Manuel. *Documentos importantes de Nueva Granada, Venezuela y Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, apéndice de la *Historia de Colombia*. tomo I, p. 360.

⁽²³⁾ Conciliar la libertad de los modernos y la majestad del gobierno es uno de los problemas de fondo de los patriotas. La antigua pertenencia al Imperio los persuadió de ser parte de una gran unidad política. La majestad del Estado paraliza a los adversarios y los suma en un reverente respeto, lo cual no sucede con las repúblicas pequeñas (lo que le sucedió bajo Napoleón, por ejemplo, a las únicas repúblicas europeas ha debido ser motivo de reflexión para los patriotas. Suiza fue invadida y puesta bajo un protectorado; las Provincias Unidas (o Países Bajos) también invadidas, fueron transformadas en monarquía; y Venecia vio

Nación, como república de ciudadanos iguales, por varias razones: la necesidad, primero, de desenraizar la patria soñada de la comunidad de los pueblos, que de hecho, representaban la persistencia del Antiguo Régimen dentro de la revolución; segundo, la percepción cierta o falsa de que no se podía construir una identidad fuerte ni a nivel americano, ni a nivel provincial.

La construcción de esta identidad política se pudo generar de manera convincente a partir de la dinámica de la guerra. En efecto, la proliferación de las violencias debidas al alzamiento forzado o no de las castas llevó a la radicalización de ambas partes. Esta radicalización engendró la partición de la identidad hispánica y logró crear dos bandos enemigos y no simples adversarios. Aprovechando el efecto disociador de la guerra, Bolívar, al declarar la guerra a muerte, pudo ini-

ciar el proceso de negación de la guerra civil que llevaría a la transformación de la Guerra de Independencia en una guerra nacional de emancipación. De cierta manera, el papel de la guerra fue el de socializar, de manera casi espontánea, las ideas modernas de la revolución liberal. Cada habitante tuvo que escoger uno de los dos bandos. La política moderna llegó de esta manera al pueblo, por la vía de la guerra antes que de la prensa o los discursos patrióticos. Pero cabe anotar por fin que el análisis del papel de la guerra en la formación de la identidad republicana no puede prescindir de una reflexión sobre la construcción cultural y social de la Nación, no como una construcción racional, seguida y teleológica²⁴, sino como una abstracción encarnada en prácticas sociales, políticas y culturales muy diversas en el tiempo y el espacio, cuyo proceso fue objeto de impredecibles vaivenes y de numerosos fracasos y éxitos parciales.



disueltas sus instituciones después de mil años de existencia). La creación de la Gran Colombia responde a esta actitud (sobre este tema véanse los tres considerandos de la *Ley fundamental de la unión de los Pueblos de Colombia* [12 de julio de 1821], sobre todo los puntos 1 y 2: "1. Que reunidas en una sola república las provincias de Venezuela y de la Nueva Granada tienen todas las proporciones y todos los medios de elevarse al más alto grado de poder y prosperidad. 2. Que constituidas en repúblicas separadas, por más estrechos que sean los lazos que las unan, lejos de aprovechar tantas ventajas llegarían difícilmente a consolidar y hacer respetar su soberanía".

⁽²⁴⁾ König, Hans-Joachim. *En el camino hacia la Nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada, 1750-1856*. Bogotá: Banco de la República, 1994.